

Del intercambio a la cooperación activa

Claude Jacquier*

¿Qué hay más habitual para los habitantes de todas las ciudades del planeta que el intercambio entre ellos, particularmente en torno a los asuntos cotidianos de su barrio y los proyectos que allí se desarrollan? No obstante, es posible preguntarse por la validez de tales contactos, cuestión a menudo “opuesta” a quienes buscan tejer relaciones de intercambio entre los pobladores de los barrios más desfavorecidos.

En este proceso de intercambio, desde todos los ámbitos se exige la obtención de resultados. Durante los años en que distintos actores (trabajadores sociales, autoridades electas, militantes asociativos, funcionarios y universitarios) han organizado ese tipo de intercambios entre pobladores, se han mantenido las dudas: ¿Intercambios, para qué? ¿Con qué utilidad? ¿Con qué beneficio?

La primera reacción frente a estas dudas es el asombro; ya que pareciera evidente la necesidad de seguir impulsando intercambios, teniendo en cuenta el principio, por cierto algo ingenuo, de las hermandades de posguerra, aquel de acercar a los pueblos para evitar toda nueva conflagración bélica. Vale la pena analizar estas dudas. ¿Qué otro provecho podemos sacar de la confrontación entre tan distintas realidades y civilizaciones, situaciones socio-urbanas, contextos institucionales y políticos, si no es este extraño exotismo que caracteriza a las reuniones y seminarios? Si de estos intercambios se espera obtener respuestas a los problemas locales o una entrega de recetas, entonces siempre podemos esperar grandes decepciones.

Es evidente que no es en este tipo de intercambio que se fundamentan las prácticas de la cooperación internacional en lo que se refiere al desarrollo social urbano. Más allá de los acercamientos básicos de las hermandades entre ciudades y sus contenidos culturales, lejos de intercambios basados únicamente en un enfoque utilitario, o también lejos de las misiones de turismo tan apreciadas por los concejales, una cooperación verdadera se fundamenta en otros principios.

Devolver la mundialización al ciudadano

Esa cooperación debe, antes que todo, ser restituida como un producto de la apertura necesaria de las ciudades en el mundo en el momento en que se internalizan los mercados y se globalizan las economías. Esa globalización podría no ser, en efecto, más que “la manera en que los países ricos, desarrollados y sobre todo estables, organizan primero entre ellos un nuevo espacio social”; borran las viejas fronteras estáticas, pero dejan “que se erijan otras, invisibles, que ya no tienen soportes geográficos netos, pero expulsan implacablemente a las regiones pobres, subdesarrolladas o inestables, a la periferia de las nuevas fortalezas de prosperidad”.¹ Esa apertura al mundo, ¿puede estar solamente reservada a las mercaderías, a los capitales, a los flujos de informaciones y de ideas; no funcionar sino

* Encargado de investigación en el CNRS-CERAT (IEP Grenoble), animador de una red de intercambios entre barrios europeos en crisis.

¹ J. de Maillard, “Le crime à venir. Vers une société fractale”, en *Le Débat*, nº 94, marzo-abril 1997.

en un solo sentido (de un centro hacia una periferia, desde dominantes hacia dominados), cerrándose a los individuos (detención de la inmigración, limitación de la concesión de visas, vigilancia de la movilidad de las fuerzas de trabajo)? Sin duda, el tema de la libre circulación de las personas, uno de los principios básicos del liberalismo económico, se enfrenta a la versión autoritaria del liberalismo y proteccionismo de los Estados benefactores.²

Desarrollar todas las formas de cooperación y de intercambio entre las poblaciones y los actores que viven y trabajan en esos territorios urbanos en los “márgenes” de la ciudad, es de alguna manera romper con esa concepción mercantil y “exclusiva” de la mundialización. Es favorecer, sin intermediarios, la expresión y el intercambio de los valores y de las maneras de hacer de los sin voz en los foros internacionales.

Desde esa perspectiva, tal cooperación puede favorecer la construcción de nuevas relaciones entre las diversas poblaciones que constituyen las ciudades y ayudar a edificar en ellas lo que se podría llamar “el espacio de las diásporas”. En efecto, las ciudades, y particularmente las de los países pos industrializados, se han transformado en un ensamblaje de múltiples diásporas, por la diversidad de las inmigraciones que han acogido a lo largo del tiempo.³ Contrariamente a lo que se puede decir, esos territorios y esas poblaciones están lejos de estar desconectados de los grandes flujos mundializados de mercaderías, de capitales y de informaciones. Están conectados de otra manera, una manera difícil de percibir, en este entorno que algunos consideran amenazador. Los intercambios y la cooperación internacional en materia de desarrollo social urbano contribuyen a relacionar los territorios urbanos y las poblaciones, muy inadecuadamente calificados de guetos y de excluidos. Basta imaginar por ejemplo, lo que las ciudades de la mayor parte de los países de Europa del norte, países que han “acogido” inmigrantes provenientes de países del contorno mediterráneo, podrían ganar organizando una cooperación activa con las ciudades de esos países. ¿No es lo que ocurre, por otra parte, con las ciudades de América, en el norte y en el sur, en sus relaciones con el resto del continente y del mundo? Habría, ahí también, la posibilidad de reforzar las redes socioeconómicas y culturales propias para dinamizar esos territorios urbanos que se dicen en crisis, y construir las alternativas para una regeneración urbana que, hasta ahora, ha quedado muy por debajo de las esperanzas que hizo nacer.

El desarrollo: hechos, no palabras

Más precisamente, esa cooperación activa puede permitir romper con las pretensiones de ciertos enfoques de revitalización urbana planificados y decretados, y luego puestos en operación, bajo el impulso y control de las autoridades estatales. En esos enfoques, esas autoridades han tendido a definir burocráticamente su campo de acción, las iniciativas que realizarán, el territorio de su aplicación y la configuración de los actores que deben ser movilizados. Ahora bien, el arte de la regeneración urbana se opone a tal lógica descendente (“*top down*”). Consiste, en efecto, en diseñar proyectos adecuados al medio local en el cual se inserten y que calcen bien en su ecosistema (ciudades, barrios y comunidades locales), al dar cuenta de esa dimensión particular que llamamos “idiosincrasia local”: sus características

² Sobre la posición práctica de los países de Europa acerca de ese tema, cf. varias contribuciones del dossier “*Demain le droit d’asile. De nouvelles frontières*”, *Économie et Humanisme*, n° 345, julio 1998.

³ Quinientos millones de habitantes, a escala planetaria, estarían en situación de diáspora. Cf. A. Medam, “*Les métropoles à l’heure du jeu cosmopolite*”, *Économie et Humanisme*, n° 337, junio 1998.

espaciales y morfológicas, sus potencialidades sociales y culturales, en suma, su realidad antropológica.⁴ De alguna manera, el encuentro horizontal a través de los intercambios entre ciudades está en armonía con la naturaleza profunda de esos enfoques que privilegian la construcción de dinámicas arraigadas en su medio. Ello sugiere otra manera de concebir la elaboración de políticas de regeneración urbana en una lógica ascendente (“*bottom up*”), que se apoya en una fertilización cruzada de experiencias locales y sobre una hibridación de formas de hacer propias de diversos países.

Todo lo anterior supone una elaboración más cercana al terreno, que movilice la iniciativa de actores locales y, sobre todo, evite la imposición de procedimientos foráneos. La naturaleza de esos enfoques de regeneración urbana conduce a valorizar la función de los intercambios horizontales entre experiencias locales. En efecto, el objeto de los intercambios no debe ser lograr que funcione el proceso vertical, sino las condiciones y modalidades en que surgen los proyectos locales. Tales procesos no se pueden reproducir ni generalizar, apenas se dejan cartografiar por el procedimiento. El arte y la manera de hacer, la habilidad que está en su origen, se resisten a la demostración, y sólo se dejan apreciar en una presentación de todas sus dimensiones. Mostrar hechos, resultados, en lugar de palabras y discursos: tal podría ser el fundamento esencial de los intercambios, pues en esos proyectos de regeneración urbana hay algo que recuerda a un taller de aprendizaje,⁵ dispuesto con ritos de iniciación hacia la maestría, en un proceso de impregnación y de lenta apropiación de la experiencia del otro. El decir se calla entonces delante del hacer y de las maneras de hacer.⁶

Cooperar... para uno mismo

Viajar, ir al encuentro del otro, impregnarse de la habilidad de hacer, hace aparecer otra dimensión de esta cooperación, quizá la más importante: su rol revelador y analizador de la propia realidad de cada uno. El intercambio y la cooperación, si permiten acceder a un cierto conocimiento de los proyectos visitados, no hacen del visitante un experto de esa realidad descubierta. Más bien, invitan a una nueva lectura de su propia realidad e inducen una nueva comprensión de sus rutinas. Así la crisis de los Estados benefactores europeos, o del norte en general, adquiere otra dimensión cuando se la confronta a la realidad de los países del sur. Y ello no tanto por los matices que esta realidad pueda introducir en las quejas de los que disfrutaban de sus beneficios, sino porque esta realidad los obliga a replantear los principios y mecanismo básicos de este Estado benefactor. La crisis los invita a redescubrir, en sus sociedades, relaciones y comportamientos solidarios que se creía desaparecidos, y que ahora emergen como útiles para reconstruir la cohesión social.

Es un poco lo que decía Michel Marié, a propósito de los inmigrantes, con relación a la noción “función-espejo”: frente al espejo, descubrimos quiénes somos.⁷ Es lo que también evoca, sobre un muro de Quebec, un rayado bajo la firma de Guy Robert: “... Cuando regresé, encontré otro país, o por lo menos lo vi de una nueva forma; a menudo es en otra parte donde uno se reencuentra”. La “otra parte”

⁴ C. Jacquier, “Repenser les principes et les méthodes de la régénération urbaine”, artículo por aparecer en la revista *Urbanisme*, París, 1998.

⁵ En el sentido de prácticas de los “Compagnons du Devoir” y otras sociedades profesionales orientadas especialmente a la formación de jóvenes, y consagradas por la ejecución de una “obra maestra”.

⁶ M. de Certeau, *Invention du quotidien*, Arts de faire 10/18, UGE, 1980.

⁷ Leer, por ejemplo, *Les terres et les mots* (Méridiens-Klinksieck, 1989) o *Ces réseaux qui nous gouvernent*, por M. Marié, M. Garrepy y 17 investigadores de Quebec y franceses (L'Harmattan, 1997).

es también un camino hacia uno mismo, decía el mensaje. Es algo acerca de lo cual se debe meditar, y poner en práctica rápidamente.